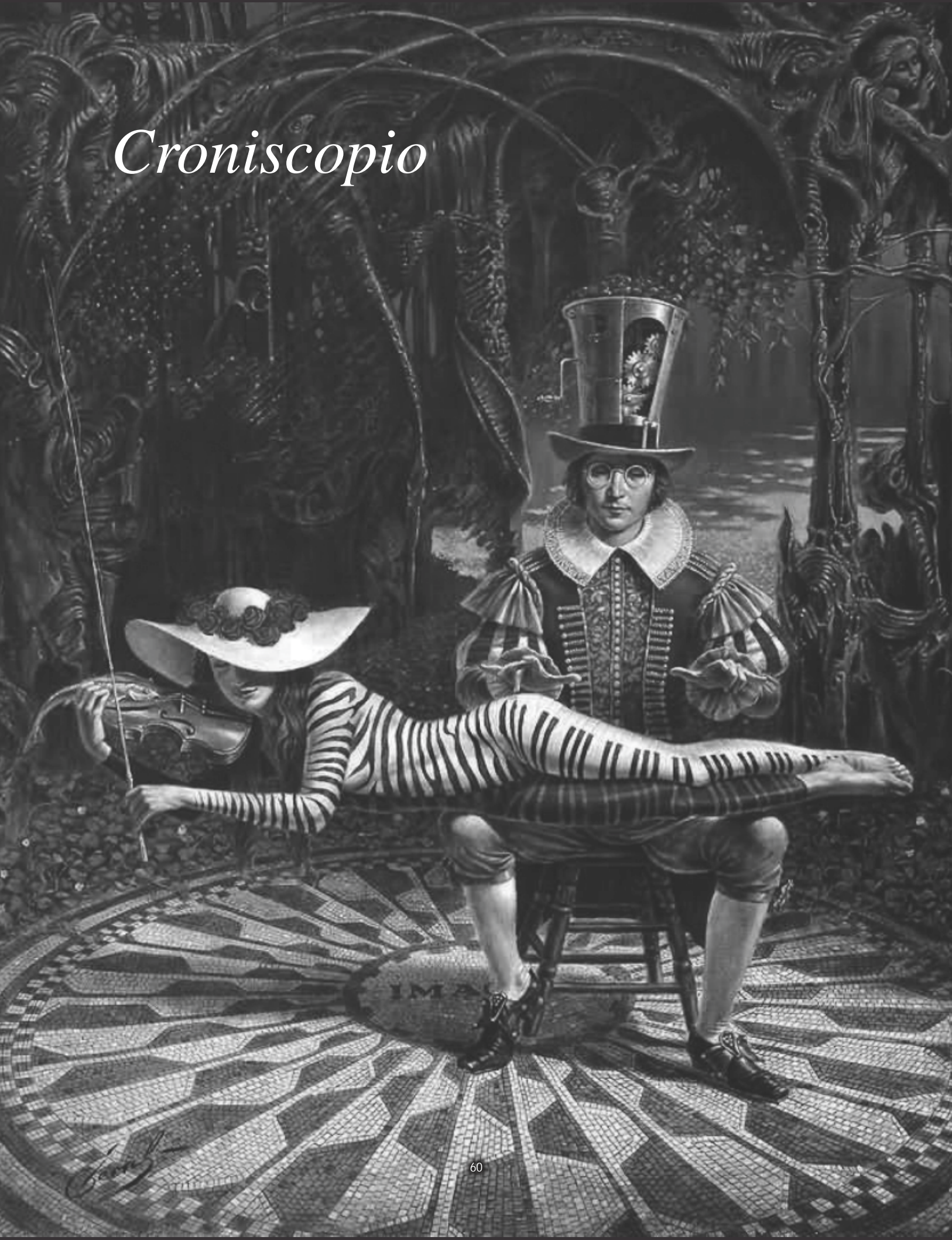


Croniscopio





CON OSPINA SOBRE RUEDAS

Carlos Arturo Gamboa Bobadilla

Un libro, como un viaje,
se comienza con inquietud
y se termina con melancolía.

José Vasconcelos.

Son las 5:10 a.m. y a esta hora el terminal de transporte de Ibagué no parece ese lugar desesperante en el que los viajeros intentan alcanzar las ventanillas por un tiquete. En otras ocasiones el ruido y la multitud de seres que se atiborran entre murmullos, gritos y olores a sudor hacen recordar que estos lugares son habitados por jóvenes de PC en mano, cabellos pintados y jeans rotos, que se mezclan entre campesinos de sombrero de paja, navaja en cinto y camisa a cuadros. Todos se tropiezan en el epicentro del instante para así cada cual tornar a su lugar de origen, hacia las grandes metrópolis o los extraños lugares en donde el verde aún no es artificial.

En esos días uno puede pensar que *“no somos mejores que los hombres de la antigüedad, pero hemos refinado nuestra barbarie”*⁶.

Mientras el día se desdobra un tinto aromatizado es ideal, acompañado de un cigarrillo con nombre de ciudad distante, pero acercada al inconsciente por la magia del comercio. Algunos conductores se aglutinan a dialogar sobre sus oficios mientras dos o tres intentan pescar viajeros para completar su cupo. Conozco la rutina y me dirijo al hombrecillo de bigote bonachón, luego compro el tiquete y me acomodo en una banca. Algunos se quedan

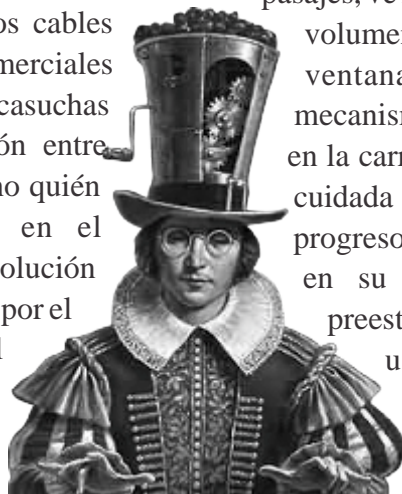
mirando mi pinta de extranjero: ojos verdes, cabello largo y rizado que se bambolea gracias a la humedad que aún persiste en él. La verdad, si me detengo a pensar a esa hora puedo parecer un turista surgido de esas epopeyas románticas por conocer el mundo, no como los modernos, esos seres que van de ciudad en ciudad, cargando filmadoras y cámaras digitales para guardar evidencias de sus gestas. Ellos no pasan por las ciudades, las ciudades no pasan por ellos, sólo el desperdicio que se amontona en los basureros recuerdan que de vez en cuando una oleada de extraños llegará a retratar la cotidianidad de los lugares y a dotarlos de una belleza pasajera que luego recordarán con dramatismo. Ellos nunca presentirán acaso que *“la verdad es la belleza y que la belleza es la verdad, y que nada más necesita el hombre saber”*, y no lo imaginan siquiera porque después de estos recorridos vuelven a sus oficinas en los rascacielos y olvidan el mundo de verdad y se centran los restantes 340 días del año en habitar en ese mundo postmoderno sitiado de imágenes, de olores extraños, de risas fingidas, de productos que ofrecen eternidad, de marcas para todo, hasta para los males que no existen. De vez en cuando llegan cansados a sus apartamentos repletos de artefactos, desempolvan sus recuerdos y entonces vuelve a ellos una imagen distante, como extraída de una película antigua en la que se ve un nevado en reposo y apenas su cognición les permite recordar el nombre, etiquetar espacios: “Nevado del Tolima”. Eso es todo.

⁶Todas las citas de este texto corresponden al libro *Es tarde para el hombre*, de William Ospina. Bogotá: Grupo Editorial Norma. 1994.

Para completar el cuadro, saco de mi maleta de viaje un libro y empiezo a ojearlo de arriba abajo, como si nunca antes lo hubiese conocido. En realidad es un rito placentero, cada vez que se abre de nuevo un libro, éste es diferente. Estoy al lado una mujer de piel morena y curtida por los días, quien intenta desatar una cabuya que impide que su caja de cartón se desbarate del todo, y en ese momento su celular suena, dejando en el ambiente una sinfonía de Mozart, pero como interpretada por una orquesta de sanatorio. Es increíble, hemos podido intercalar artefactos de última generación con elementos tan antiguos como las ideas; ahora conviven y pensar en su ausencia es una tragedia. Esto no admite discusión, es el síntoma que heredamos, desde siempre se ha dicho que “...si algo no admitía replica ni duda era la evidencia de que el mundo progresaba”. El conductor me anuncia que es hora de embarcar, el cupo está completo. Son las 5:32 a.m, es sábado y me dirijo a Honda, un pueblo caluroso del Tolima, para orientar un curso de literatura.

Desde el terminal de transporte hasta la salida de la ciudad el taxi recorre una distancia conocida, un paisaje repetido en mi retina. La ciudad se ve igual, aunque más vacía a esta hora. Sus calles llenas de huecos, sus andenes que sirven como lugar ideal para los vendedores de jugo de naranja, tinto y cigarrillos; los ocobos encorvados por el peso de los cables eléctricos, algunos centros comerciales con perfil moderno y algunas casuchas antiguas. De nuevo la tensión entre culturas, sabiendo de antemano quién perderá, todo sustentando en el progreso y su amanuense: la evolución de las especies. Todo diseñado por el hombre, pensado por el hombre, ejecutado por el hombre, aunque “*la sospecha de que nuestra especie es la*

más peligrosa plaga que haya engendrado el planeta nos tiene hundidos en un misterioso estupor..”. En la medida que la ciudad se aleja mi atención se alerta. El paisaje se despeja de edificios, de ruidos y de anuncios luminosos para darle paso a una línea asfáltica, un camino construido en medio del llano inmenso, bordeado de grandes plantaciones de arroz, de sorgo, de maíz. Extraigo de nuevo el libro, sabiendo que leer es la única opción de hacer menos lento el viaje. Un celular suena de nuevo, es de alguno de los acompañantes que ya se estaban adormilando en la parte trasera. Escucho una conversación fragmentada de aprobaciones y negaciones. El mundo actual se comunica por medio de pequeñas oraciones cuya estructura la rige una pragmática de la economía. Se escucha el final de la conversación. Entre esquirlas de aquel diálogo ajeno identifiqué que los viajeros que me acompañan son músicos, que van para La Dorada y que deben dormir porque llevan varias noches emparrandados. El conductor ha sintonizado una emisora de música *crossover*, suena una canción de *Aerosmith*, trato de reiniciar la lectura pero todo riñe. Destapo un tarro de agua y bebo algunos sorbos, el viento golpea fuerte mi cabello y el sol que se levanta generoso en la llanura empieza a castigar. El conductor me observa de reojo durante algunos pasajes, ve mi ansiedad por leer, entonces baja el volumen de la radio, sube los vidrios de la ventana mediante el accionar de un mecanismo automático, luego se concentra en la carretera, cuya superficie plana y bien cuidada me recuerdan el síndrome del progreso; todo tiene que estar bien elaborado, en su medida exacta y en su orden preestablecido. Todo listo para su debido uso, para ahorrar energía, para proporcionarnos un supuesto bienestar. El progreso está representado por “...cosas que

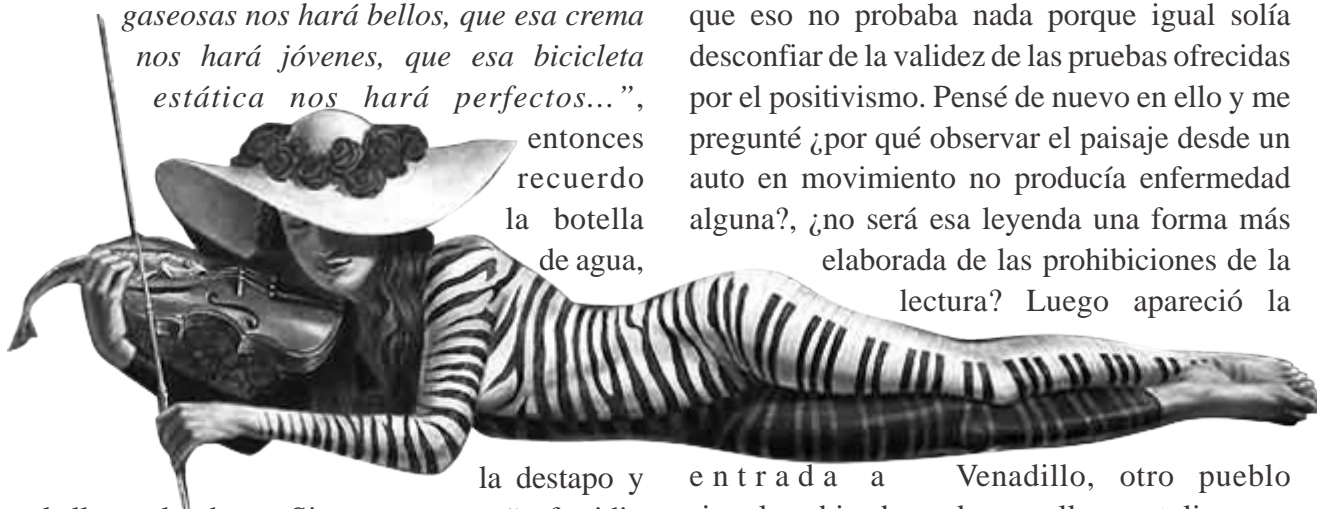


ahorran esfuerzo físico y mental;...cosas cuya función es durar un instante, cosas que parecen marcadas por el deber de la inmediata caducidad, cosas cuyo uso no puede repetirse". Luego todo sonido va desapareciendo, el texto me ha imbuido en un letargo de siglos, trato de ir de aquí a allá, no levanto la vista, exploro en mi memoria algunas citas conocidas, trato de hilar otras que me son nuevas, estoy sumido en el mundo paralelo del lenguaje, ese que desafortunadamente pocos seres pueden disfrutar.

Vuelvo a hilar mis mundos cuando estoy leyendo: *"Llegamos a sentir que esa bebida*

gaseosas nos hará bellos, que esa crema nos hará jóvenes, que esa bicicleta estática nos hará perfectos...",

entonces recuerdo la botella de agua,



la destapo y la llevo a la boca. Siento un pequeño fastidio por haber perdido el hilo del texto, pero aprovecho para estirar un poco mis piernas, miro el reloj, vamos a completar una hora de viaje. En esas me encuentro cuando observo la carretera de ingreso al primer pueblo sobre la ruta, es una calle estrecha que se anuncia con letrero: *Bienvenidos a Alvarado*. Justo a la entrada se levanta un pequeño monumento en el que reposa una virgen, no tengo idea cuál, pero una virgen. En nuestros pueblos abundan las vírgenes y los reinados. Pasamos de largo, estos expresos van por la carretera central y evitan los poblados, así el viajante va más rápido a su objetivo. Por un instante imagino que en algún

lugar existe un pueblo que nadie conoce porque ninguna ruta ha llegado a él, todos se han desviado de su camino. Pienso que a su entrada aquel pueblo tendrá un saludo de bienvenida que muchos han leído, pero nadie ha sido atraído. *"Los mensajes ya no requieren argumentos"*.

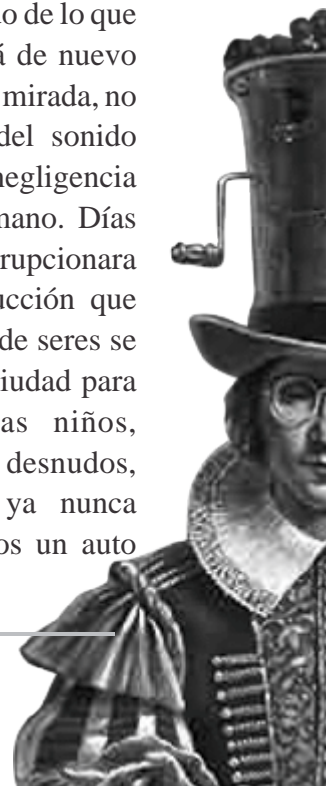
Sigo el vaivén del auto, logro sostener la vista de nuevo en el texto, pero recuerdo que unos compañeros de tertulia me dijeron que leer en un carro en movimiento produce "desprendimiento de retina", les dije que eso era un mito urbano, ellos se comprometieron a conseguirme pruebas científicas de tal aseveración y yo les exclamé que eso no probaba nada porque igual solía desconfiar de la validez de las pruebas ofrecidas por el positivismo. Pensé de nuevo en ello y me pregunté ¿por qué observar el paisaje desde un auto en movimiento no producía enfermedad alguna?, ¿no será esa leyenda una forma más elaborada de las prohibiciones de la lectura? Luego apareció la

entrada a Venadillo, otro pueblo singular ubicado en la gran llanura tolimense, anunciado como el anterior y como el anterior antecedido de una virgen, salvaguardado en su entrada por una immaculada esfinge traída de otras culturas. ¿Por qué los pueblos no tienen a su entrada la imagen de algo autóctono? De un aborigen, por ejemplo, de una planta propia de la región, de algo que contenga las raíces de su origen. Hay un pueblo tolimense en el que a su entrada se puede divisar una enorme tambora que recuerda los sonidos festivos de la región, me inclino por esas simbologías. Caigo de nuevo en la tranquilidad de la velocidad constante y de las aguas profundas de la lectura. Así se derrota el tiempo.

De pronto la levedad de la línea recta se quiebra, el aire adquiere otra temperatura, el paisaje se transforma en apenas unos metros. Un descenso poco vertiginoso pero impactante altera mi lectura, unas curvas serpenteantes de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, permiten ver pequeños abismos en donde el asombro habita. Las paredes rocosas bien pueden ser límites de Gualandayes, de Yarumos elevados, de arbustos grisáceos, y el descenso tiene un límite y el límite es el agua. Hay algo de tirano en los puentes modernos, y es que no permiten ver el río, no como aquellos antiguos pasadizos colgantes que combinaban el vértigo, el aire y la acuosidad profunda. Este río antiguo también ha pulido las paredes, ha construido una ruta que sólo él conoce, un camino que ningún atlas universal podrá dibujar, que ninguna enciclopedia electrónica dará cuenta. Un río en el mundo tan distante del mundo, un río que arrastra las aguas en las que bien pudo haberse reflejado Heráclito, que luego se descuelga por la inmensa llanura y se pierde más allá de donde las montañas intentan infructuosamente un límite. De nuevo el ascenso y el pequeño cañón con su armonía le dan paso a la inmensidad amarillenta que poco a poco anuncia un nuevo pueblo. La palabra es esa, no otra, decir pueblo, es decir: no-ciudad, y para algunos puede resultar hasta ofensivo, porque *“la ciudad era el gran sueño de la especie, y las distintas utopías en que supo complacerse la insatisfacción humana tejían ciudades fantásticas”*, el lugar soñado por la razón, el topos que buscaron Adán y Eva desde la expulsión del paraíso. Pero aquí hay pueblos, sumidos en una extraña atmósfera de calor, dotados de una relación de naturaleza insospechada para los habitantes de las grandes urbes, espacios amplios con jardines, aire puro, bullicio vegetal, armonía azul que se despliega en las cabezas. Un lugar que bien pudo ser el villorrio soñado de Byron, pero que ahora lucha

contra sus habitantes que desean el humo de las fábricas, el tintineo constante de los semáforos, la pseudo-imagen de la distancia de los rascacielos, la provisión de los grandes supermercados, el sueño del racionalismo humano. Al fin y al cabo *“¿Quién quiere permanecer en la pobreza de las pequeñas parcelas, en sus noches oscuras y desamparadas donde el dolor es todopoderoso, donde la inseguridad es total, donde la naturaleza, como pensaba Hegel, es infinitamente repetitiva y tediosa?”* En estos pueblos la dramaturgia de la vida es letal, se sueña con las ciudades sin presentir que ellas quisieran ser pueblos, y ese drama los va desdibujando porque sus seres no los habitan, esperan a que se derrumben para tener la disculpa certera de huir, como en aquella hermosa canción de Serrat en la que hasta los muertos quieren abandonar el pueblo.

Las preguntas surgen desde el texto y parecen estar conectadas con el contexto: *“¿Por qué la civilización moderna quiere que vivamos a espaldas de nuestra más profundas certezas? ¿Por qué la certidumbre de la muerte no tiene un lugar en el orden de nuestro mudo?”* Vamos transitando por un lugar en donde dos o tres escombros aún luchan contra el olvido de lo que un día fue Armero. Ahora todo está de nuevo cubierto de un verde que complace la mirada, no se evidencian huellas del llanto, del sonido estrepitoso, del desastre, de la negligencia humana, de la falta de sentido humano. Días después de que el Nevado del Ruiz erupcionara y se creara la gran bola de destrucción que bajaría por el río Lagunilla, cientos de seres se abalanzaron sobre los restos de la ciudad para saquear los escombros, mientras niños, hombres y mujeres caminaban desnudos, buscando bajo el lodo lo que ya nunca encontrarían. Ahora en diez minutos un auto



pasa raudo sobre aquella carretera y si acaso no lleva mucha prisa, se detendrá a mirar un mapa en donde la cartografía nos recuerda el antes y el después, pero desde una dimensión lejana, sin el bullicio de los algodonereros, sin el relincho y olor a mierda de caballo, sin las pintorreadas caras de las prostitutas, sin los campanazos de la iglesia invitando a la ceremonia, sin el silbido de las serpientes en las arroceras. Ahora la historia se reduce a un mapa, la avalancha del olvido es nuestra gran tragedia. Hemos olvidado “*La certidumbre de la muerte, con el aura trágica que pone a cada minuto de nuestras vidas...*”.

La mañana ya ha empezado con sus trajines. Un nuevo peaje recuerda la modernidad, ahora se debe pagar por transitar el mundo, nada es gratis. Aunque nadie más en el mundo sepa de la presencia de estos parajes, ellos seguirán existiendo y tal vez eso reafirme la tesis de que ya no existe un centro, que el centro puede estar en cualquier lugar. Terminó el texto no sin antes haber verificado que esta fue una lectura relativa, que el movimiento fue doble, que no sólo me desplazé por los múltiples contextos del libro, sino que también cambié de lugar físico, que me separan 122 kilómetros de la página 1 a la página 134. Que sin pretenderlo he viajado por Grecia, por Europa, por Latinoamérica, por México y España, por Roma y Alejandría, pero lo más vital, lo trascendental de la lectura es que pude recorrer un territorio que se erige ante mis ojos, que se desnuda con sus virtudes y sus agresiones, que ilumina mis ojos con las

pinceladas del amarillo constante y que me arremete con su temperatura. Puedo presentir que este es el camino, la ruta del reencuentro. ¿Cómo puedo anteponer mi escasa fuerza al mundo que me quiere globalizar, sino he dialogado con mis territorios? He viajado muchas veces por estas rutas pero nunca antes me detuve a un ejercicio dialéctico. Hoy he viajado con Ospina, con su libro que tal vez contradice el contenido. *Es tarde para el hombre*, fue titulado, pero quizás para nosotros aún nos es permitido un tiempo. Si tan sólo en estos kilómetros recorridos, desde la distancia del viajero que no se baja del auto a probar el olor de la naturaleza, he podido presentir un misterio que aún no re-conozco, ¿qué podríamos descubrir si entablamos un conversación con esta tierra?

Cierro el libro, lo guardo en mi maletín. Faltan apenas doscientos metros para descender. En un salón, bajo el calor abrasador del trópico tolimense algunos estudiantes de literatura estarán esperando a que les lleve la fórmula recóndita para ser mejores, y ellos que han recorrido este territorio, lo han padecido y degustado, lejos estarán de imaginar que saben más de su secreto. Ha terminado el viaje que me ofrecía ese tiquete, pero el camino sigue, y puedo decirle confiadamente al amigo William Ospina que, igual que usted, “*creo que ha llegado la hora de que los hombres de la América Latina tomemos posesión de nuestro mundo*”.

